

Yasmina Khadra

Trilogía de Argel

Morituri

Doble blanco

El otoño de las quimeras

Traducción de

Wenceslao-Carlos Lozano

ALIANZA EDITORIAL

Títulos originales: *Morituri*. *Double Blanc*. *L'automne des chimères*

Publicado por acuerdo con Mon Agent et Compagnie
6 rue Victor Hugo – 73000 Chambéry – France
www.monagentetcompagnie.com

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard
Fotografía: © Colin Hutton / Arcangel Images

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Morituri: © 1997, BALEINE, Paris – France; *Double-blanc*: © 1998, BALEINE, Paris – France; *L'automne des chimères*: © 1998, BALEINE, Paris – France
© de la traducción: Wenceslao Carlos Lozano González

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2016

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-391-1

Depósito legal: M. 11.474-2016

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Glosario de términos y pseudónimos de algunos de los personajes

Abú Kalibs: (*Abú*: padre de). Juego de palabras a partir de «Apocalipsis».

Aduar: Poblado.

Aíd (el kebir): Fiesta grande (o fiesta del cordero).

Alá akbar: Dios es grande.

Astaghfiru Lah!: Pide perdón a Dios.

Bliss: El Diablo. En el Corán, la mujer tiene algo de Bliss. En 1990, la consigna del FIS (Frente Islámico de Salvación) era: «*Dad bliss, vote FIS*» («Contra el Diablo, vota al FIS»).

Chater: Avispado.

Chechia: Tocado musulmán.

Dechra: Poblado en contexto tribal.

Din: Religión. En árabe, así empieza el insulto *Naa din babek* («Maldita sea la religión de tu padre»).

Dzair: Nombre de Argelia en árabe.

Erguez: Macho, en beréber.

Fatiha: Oración coránica.

Felah: Campesino.

Fetua: Sentencia islámica.

Ghul: El ogro, el cacique.

Hadiz: Comentario al Corán.

Haj Garn: El cuerno.

Hawzi: Canción popular de Argel.

Hijab: Paño que cubre la cabeza y parte del cuerpo.

Icha: Última de las cinco oraciones diarias obligatorias para los musulmanes.

Jemej: Aparcero en árabe dialectal. En sentido peyorativo, basura.

Kamís: Túnica.

Kasma: División local del partido (FLN).
Lankabut: Araña.
Maqam: Monumento a los mártires en Argel.
Min ayna laqa hada?: «¿De dónde has sacado esto?».
Mulá: Clérigo musulmán (Irán).
Mulana: El Señor.
Muyahid: Combatiente por la fe.
Ninja: Policías encapuchados de las unidades especiales antiterroristas.
Sumaa: Academia de Policía.
Sunna: Ley coránica.
Taghut: Dictador. Palabra con la que los islamistas designan a todos los empleados del gobierno, hasta el último representante de la ley.
Tergui: Tuareg.
Wilaya: División administrativa urbana encabezada por un *wali*.
Zawali: Pobre diablo.

Morituri

*Los momentos más grandes de nuestra vida
son aquellos en que por fin tenemos el valor
de declarar que el mal que llevamos en nosotros
es lo mejor de nosotros mismos.*

NIETZSCHE

Sangrando por los cuatro costados, el horizonte pare con cesárea una jornada que, al cabo, no habrá merecido la pena. Me extraigo de mi camastro, completamente desvitalizado por un sueño siempre al acecho de todo lo que se mueve. Corren tiempos duros: aquí nadie está libre de una desgracia.

Mina ronca a mano de mi desgana, espesa como una pasta rancia, con medio pecho descuidadamente desplegado sobre el borde de la sábana. Lejos están los tiempos en que me la tiraba al calor de la más inocente de las caricias. Por aquellos entonces tenía yo el orgasmo a flor de piel; no podía disociar el orgullo de la virilidad, el positivismo de la procreación. Hoy en día, mi pobre mula de carga está en franco retroceso, como las mentalidades. Es tan atractiva como una caravana volcada en medio de la calzada, pero al menos tiene a su favor estar ahí cuando tengo miedo en la oscuridad.

Me pongo mi traje de proletario a su pesar, bebo de un trago un brebaje con regusto a agua de colada y me tiro un buen cuarto de hora apostado tras la ventana, por si a algún terrorista se le hubiera ocurrido saltarme la tapa de mi prejuiciosa sesera. La vía está aparentemente libre. Aparte de un barrendero que anda recogiendo una basura que mañana seguirá impecablemente en el mismo sitio, la calle está tan desierta como el paraíso.

Hay unos doscientos metros desde mi inmueble al aparcamiento donde guardo el coche. Antes me los recorría de un par de zancadas. Hoy resulta una expedición. Todo me resulta sospechoso. Cada paso supone un peligro. A veces, estoy tan cagado de miedo que me planteo regresar a casa.

El guarda es buena gente. Le doy pena. Dentro de su modesta manera de entender las cosas, ya estoy muerto. Hasta se asombra de verme aún vivo por ahí.

No ha habido suficiente confianza entre nosotros. Nuestras relaciones se limitaban a un hola-y-adiós, pero sabía dónde encontrarme cuando estaba en apuros. Cuando se plantaba en mi casa, con la cara descompuesta, a deshoras, lo tranquilizaba de inmediato. Yo era el madero bueno del barrio, siempre disponible y desinteresado, y mi cuchitril, aunque sin llegar a la altura de un confesionario, acogía a interminables cohortes de marginados sin hacer distinciones entre maneras o razas.

No es que fuera el profeta, pero me parecía disponer de una grey capaz de dar abasto a diez revoluciones. Pero luego empezaron a tirotear a mis colegas, y mi universo se despobló como por ensalmo. Por la calle, la gente hace como si no me conociera. Tener trato con un policía es una manera gilipollesca de ponerse a tiro, sobre todo cuando se dispara a diestra y siniestra. Ya nadie se atreve a hacerme la menor señal ni echarme una mirada furtiva; ya nadie se acuerda de los favores que le hacía, del berenjenal del que le sacaba.

En el país de los cuatro vientos, las veletas brincan en el aire.

Hoy ya no soy sino «el» madero, y punto. Sólo se espera de mí que asuma mi condición de diana privilegiada y que cierre el pico. Por eso el guarda me recibe con esa mirada fúnebre y me acompaña hasta el coche como

si fuera a mi entierro. Se acabó eso de deshacerse en reverencias, lo que usted mande, señor comisario, esa cuasi hipócrita humildad. El guarda se permite ser incluso un tanto condescendiente. Desde luego, no es nadie, pero tampoco arriesga nada. Ésta es su especie de revancha sobre la jerarquía social.

Acudo a la Central con una hora de retraso. Medidas de seguridad: lo primero es lo primero. Nos recomiendan imperativamente disfrazar nuestras costumbres.

El ordenanza se me echa encima justo cuando cruzo la entrada.

—El jefe le anda buscando.

—Díle que me acaban de quitar de en medio.

Lo aparto con gesto de cabreo y me meto de cabeza en mi despacho.

Ahí está mi teniente Lino. Antes era el campeón de los absentistas. Sólo pendiente de sus mangoneos, su tráfico de influencias y sus putas. Había acabado enterándose de que en el sultanato de los truhanes y del nepotismo hasta los milagros se negocian. Sólo trincaba cuatro perras, no sacaba tajada del negocio ni ganaba en respetabilidad. No sabía abrirse de culo como para merecerse que le pusieran piso. De familia nada, aunque fuera un picha brava, porque le faltaban cojones para montarla. Así se las iba apañando Lino en este follón de sociedad en que vivimos.

En un agujero como éste, en que hay que madrugar para conseguir una puta nevera, no se puede exigir del centinela que esté de guardia hasta las tantas. Así las cosas, lo dejaba hacer por compasión, y miraba hacia otro lado.

Pero Lino se ha tranquilizado de pronto. Llega a la oficina antes que el ordenanza. Porque allí se queda a dormir, claro está. Ha dejado de pisar su casa de Bab el Ued

desde que un trío de barbudos vino a tomarle las medidas de la carótida para hacerle un cuchillo a su medida.

Mi pobrecito teniente está traumatizado. Apenas se atreve a arrimarse a la ventana. Por las noches, en cuanto apaga la luz para dormir, le campanean de miedo hasta las piedras del riñón.

Está tras su máquina de escribir, con ojeras de payaso. No le quedan uñas que comerse, y con su mirada vacía da ganas de llorar de pena.

—¿Sabes, Lino, lo que les ocurre a los tíos que se preocupan demasiado? Pues que les salen los hijos calvos.

—Ni siquiera sé si mañana seguiré estando en este mundo.

—No te regodees en tu miseria de chivo expiatorio. Eso ya no conmueve a nadie... ¿Has leído el parte?

—Sí.

—¿Qué cuentas tenemos?

—Dos escuelas, una fábrica, un puente, un parque municipal, cuarenta y tres postes de electricidad hechos polvo.

—¿Pérdidas humanas?

—Tres polis, un militar de permiso, un maestro y cuatro bomberos.

—¿Y por qué los bomberos?

—El cadáver que fueron a recuperar llevaba una bomba trampa.

—Pues buenos estamos.

Extraigo de un cajón un informe que ya estaba a punto de fosilizarse ahí dentro. Unas hojas sueltas, la foto de un chivo con sotana afgana y una caza de brujas que amenaza con no detenerse jamás.

Miro al gurú de la foto: veintiocho años. La escuela, ni pisarla. Jamás ha currado. Unas peregrinaciones mesiánicas por Asia, prédicas de una virulencia absoluta y

un odio implacable al mundo entero. Y se nos erige en deshacedor de entuertos: treinta y cuatro asesinatos, dos tomos de fetuas, un harén en cada maquis y un cetro en cada dedo.

Desde luego, si el infierno arde, es por la llama de los iluminados.

He conocido a un camello, un asqueroso de mierda que se encuentra más a gusto en el pecado mortal que una ladilla en los calzoncillos de un hippy. Hoy lleva una escopeta de cañones recortados y un versículo en la punta de los labios con los que se venga alegremente de todos los que le echaban el guante.

Digan lo que digan esos venerables imanes, si esta basura recala en el paraíso, voy a que me la corte un fontanero.

Sin embargo, para la plebe se trata de un mártir. Desde que el terrorismo ha puesto a la religión en primera fila de la sedición, la gente sencilla no sabe a qué santo encomendarse. Andan despistados con todo lo que lleva un marchamo islamista. Atávicos como son, padecen la tragedia con filosofía y se abstienen de pensar demasiado en ello. «Después de mí, el diluvio», reza el viejo dicho. Y no hay peor soledad que la del náufrago.

Quizá un día pueda perderme sin miedo por los bulevares de mi ciudad. Mi sueño nocturno estará hecho de enternecedoras confidencias. Tendré unos críos que treparán por mi panza, y llevaré puestas mis gafas de sol como si estuviera en un crucero. Me podré permitir ir al teatro para reírme de mis propias desilusiones, o ir a comprar la leche al tendero de la esquina sin temer a los transeúntes. Sólo que no pienso volver a mirar a mis compatriotas con los ojos de antaño. Algo habrá hecho que se rompan mis ataduras. No guardaré rencor –no le queda espacio a mi pena–, pero no habrá melindre de cachonda

que consiga reconciliarme con los que hoy considero mis potenciales sepultureros.

Mis sentimientos hacia mis amigos quedarán mitigados, y tendré con mis vecinos de piso la misma familiaridad que tengo con los indios de Wyoming.

Los supervivientes de esta puta guerra pordiosearán dentro de mi alma, como esos fantasmas que las tumbas rechazan y de los que las casas reniegan, y permanecerán suspensos entre cielo y tierra, demasiado culpables para poder acercarse a Dios y demasiado comprometedores para poder unirse a los hombres.

Ya nada será como antes. Las canciones que me encantaban no me dirán nada. Aquella brisa que callejeaba por los escotes de la noche dejará de mecer mis ensueños. Nada podrá alegrar mis escasos ratos de olvido porque nunca volveré a ser un hombre feliz después de lo que he visto.

Estoy rumiando mi amargo heno cuando el ordenanza viene a recordarme que el jefe está perdiendo la paciencia.

Con la delicadeza de un elefante consciente de su muerte inminente, levanto el culo del asiento y me chupo los sesenta y ocho escalones –el ascensor queda reservado para uso exclusivo del jefe– que llevan al tercer piso, dándole así una puntilla a mi reuma.

El jefe está repantigado tras su mesa de despacho. Comparado con el lujo ambiental, parece un monumento, pero cuando se le mira de cerca, no pasa de ser un monstruo de feria que se ha equivocado de carpa.

Ni siquiera se fija en mi saludo reglamentario. Sin decir palabra, empuja hacia mí un trozo de papel:

–No tengo tiempo de ocuparme de esto –me anuncia antes de seguir limándose las uñas.

–¿De qué se trata?

–El yerno del señor Ghul Malek...

—¿La antigua estrella de la República?... ¿Se lo han cargado?

Se sobresalta indignado; me explica:

—Inaugura su nueva residencia.

—¿Y para eso acude a la brigada criminal?

—Es una invitación. Yo no puedo ir. Tengo compromisos.

Como sigo sin enterarme, me pone al loro:

—Tú me representarás.

—Yo también tengo que currar —protesto a punto de echar las tripas ante la idea de flirtear con esa escoria elegante, ese hijo de perjuro que odio todo lo que se puede odiar.

—¡Es una orden!

Tras lo cual le da un giro a su sillón y me da la espalda, ancha como el muro de Berlín. Retengo esta imagen con la esperanza de verlo caer a él también, pero sigo convencido de que los milagros sólo están al alcance de los buenos cristianos.

Me he tirado una hora revolviendo entre mi antediluviana vestimenta para dar con una corbata de colorines de cuando la nacionalización de los hidrocarburos.

Mina me contempla en el espejo. De vez en cuando dobla un mechón rebelde de mis greñas, le da un papiro-tazo a una mota de polvo sobre la chaqueta, tierna y llena de atenciones, demasiado enamorada para fijarse en la pinta de cateto integral que asumo con plena autenticidad.

–Pareces más joven.

Es probable: es un traje que llevaba en aquellos tiempos en que el régimen nos sacaba revoluciones a cada dos por tres con la estupenda habilidad de un prestidigitador. Por aquel entonces el tergal barato te daba un caché de socialista conformista, y los demagogos lo apreciaban aun cuando su reluciente alpaca rozaba la herejía.

Me meto en mi coche y salgo a toda mecha para Hydra, el barrio más elegantón de la ciudad.

Hydra, por los tiempos que corren, recuerda una ciudad prohibida. Jamás barba de integrista ha rozado sus mimosas, jamás el olor a pólvora ha podido adulterar las fragancias de la felicidad. Los ricachones locales viven como rentistas, con la panza bien llena y el ojo puesto en el bailoteo de las codicias.

Las guerras de Argelia tienen esa insondable singularidad, que consiste en que los beligerantes se equivoquen estúpidamente de enemigo.

Según su hoja salarial de funcionario virtual, el yerno del señor Ghul Malek apenas gana para alimentarse de bocadillos y comprarse una docena de calzoncillos por plan quinquenal. No obstante, su nueva morada no tiene nada que envidiarle al Club Méditerranée: más de tres mil metros cuadrados adornados con farolillos, guirnaldas y globos gigantescos. Hasta han acondicionado un parking para la ocasión, con unas filas interminables de cochazos de alto *standing*. Aparco mi proletario Zastava entre dos Mercedes, y cuando salgo me parece que ha encogido.

Un par de forzudos se me acercan para comprobar que no me he perdido desde Lesotho. Verifican en su lista y se afligen al comprobar que estoy en ella.

Me quedo un rato fuera para admirar el palacio del enchufado: una planta baja que haría babear a un emir de Kuwait y dos pisos de morirse un par de veces, ya puestos. ¡Cuánto mármol de ultramar, qué manera de llamar al asesinato!

Guardo un minuto de silencio por la memoria de los juramentos guerrilleros, de los mártires del saber y de mis ideales. Luego, con el valor de las huidas hacia adelante, subo la escalinata hollywoodiense con el entusiasmo de quien sube al cadalso.

Un payaso que se las da de mayordomo de importación me recibe como si fuera a ponerme una multa. Por poco se le descuelgan las cejas al contemplar mi atavío.

—Los criados entran por la puerta de atrás —me suelta como si fuera un decreto, muy estirado él.

—¿Entonces que leches estás pintando tú aquí?

Como ve que me empeño, da una palmada con unción mística. Se acercan tres cachas malcarados, con la cabeza cuadrada y la mandíbula tipo parachoques de vehículo blindado.

–Comisario Llob –me apresuro a decirles para frenar sus impulsos. El mayordomo, sorprendido y profundamente consternado, gime. ¡Pobre Argelia!

El salón es casi tan amplio como mi hiel. Noto como si mi úlcera creciera espontáneamente. Hay mucha gente. Cada cual se lo monta de pijo de toda la vida con la misma naturalidad con que sus padres destripaban terrones. Me esfuerzo en compararlos con pingüinos, embutidos como están en su austero esmoquin, pero no lo consigo. Están tan guapos, tan elegantes, tan felices. No hay duda, el mundo les pertenece; sólo amanece para ellos. La guerra que tiene al país asolado no tiene huevos de acercarse a sus feudos. Para ellos, es mera subversión.

Reconozco entre los invitados a unos cuantos peces gordos, el multimillonario Dahmán Faid, algunos diputados, el escritor Sid Lankabut, unas señoras ataviadas como árboles de Navidad, unas jovencitas que de buenas que están se la pondrían tiesa a una momia... Y yo ahí en medio, como una chinche sobre la alfombra de Aladino.

Por mucho que me digo que al menos soy honrado, con mi conciencia tan pancha, y que mis ahorros no están manchados de sangre, ni yo consigo creérmelo: por muy íntegro y sano que sea, al lado de esta gente valgo menos que un felpudo.

Rodeado de su corte de favoritos, Sid Lankabut deja de pavonearse cuando me ve. «Lo que me faltaba», leo en sus labios.

–Vaya, vaya –me arrulla un gznate a mis espaldas–, ¿no es nuestro querido comisario?

Giro en redondo. Es Haj Garn. Su sonrisa de falso devoto me revuelve las tripas.

Haj Garn es uno de los más peligrosos filibusteros de nuestras turbias aguas territoriales. Sodomita notorio, se

lo montaría hasta con un tubo de escape. Cuentan por ahí que nuestro eminente especialista en ciencias anales se la mete a todo lo que se mueve, salvo a las agujas de un reloj, a todo lo que se yergue, salvo a los postes de la luz, y a todo lo que se toca, salvo a los pianos.

Instintivamente, su viscosa pata me acaricia la muñeca antes de amenazar la parte baja de mis riñones. Retrocedo prudentemente. Ni siquiera mi edad y flacideces me pondrían a salvo de sus controvertidas costumbres.

—¿Siempre tan regordete, pollito de asador?

—Son los nervios.

Se atusa su canallesco bigote, detiene con recochineo su mirada en mi traje de cateto endomingado y se entristece:

—Tu honradez no te ha llevado demasiado lejos, querido comisario. Espero que alguna vez que otra consigas llegar a fin de mes.

—A veces ocurre.

Suelta una risa tonta.

Se vuelve a fijar en mi vieja chaqueta, mi pantalón lleno de arrugas, mis zapatos ajados:

—Tu problema, Llob, es el estancamiento. Sigues siendo el mismo espantapájaros que hace treinta años. Qué penita. ¿Cuándo aprenderás a tener olfato?

—Me faltan narices para eso.

Menea la cabeza, tuerce la boca y me gruñe:

—Viejo, no quieres enterarte de que eres un puto pringado. Un día de estos ni siquiera te atreverás a enfrentarte al espejo. Si escupes al paso del tren, te llevarás tu propio escupitajo a la cara.

Se aleja.

Una especie de duquesa se fija en mí y me hace una comilla con el dedo. Miro atrás para cerciorarme de que no se trata de otro. La duquesa me dice no con la puntita de la

nariz y me señala con insistencia. Luego deja caer sobre mí su pellejo de cachalote y me tiende una de sus aletas:

–¡Oh, comisario! –se regocija contoneándose como una serpiente–, por fin le tengo frente a mí, en carne y hueso, qué ganas tenía de conocerle. ¿Sabe usted que es mi novelista favorito?

–Lo ignoraba.

–Pues claro que sí, es usted el mejor. Tiene usted un enorme talento.

–Es porque no tengo un centavo...

–Eso no es cierto. No tiene nada que ver –retrocede y me mira de hito en hito–. ¡Vaya cara pone usted!

–Es que me falta jeta.

Echa su cabeza hacia atrás y suelta una risotada que desvela hasta los dibujos de su braga; luego, enternecida por mi pinta de envidioso frustrado, me coge el brazo y lo aprieta con fuerza sobre sus ubres:

–Escuche, comisario. Pienso organizar una gala, en casa, para lanzar mi asociación caritativa. Estaría encantada de recibirle junto con mis amigos.

–Es usted muy amable, señora...

–Lankabut, Fátima Lankabut, la esposa de Sid. Mis íntimos me llaman «Fa», como la marca de cosméticos. Otra cosa, comisario. Le ruego que perdone mi indiscreción, es que las mujeres somos así; ¿es usted realmente autodidacta?

–Sólo autóctono.

Me devora con la mirada. No hay duda de que la fascino. Pero preferiría profanar un mausoleo antes que desvelarle la parte oculta del iceberg.

La gratifico con una casta sonrisa y me apresuro en esfumarme entre la fauna privilegiada.

El yerno de Ghul Malek se abalanza sobre mí con la voracidad de una hormiga león.

—A pesar de todo, has venido —me suelta exultante—. Tu jefe estaba un tanto escéptico, pero yo estaba seguro de que acabarías dándote un voltio por aquí. Quizá tengas principios, pero tu curiosidad no tiene límites.

—Deformación profesional.

—¿Y qué —me señala su imperio—, qué te parece esto, te gusta mi gueto?

—Tú no te cortes. En el país de la impunidad, los tiburones deben llevarse las mejores tajadas.

Se ríe, me agarra por el codo y me arrastra en su estela.

—Ven, voy a presentarte a unos amigos. Quizá nos topeemos con algún benevolente dueño de tintorería.

Sin darme tiempo a retocarme el turbante, me va exhibiendo como si fuera un trofeo surrealista ante una pandilla de prevaricadores orgullosísimos de su panza.

—Señores, tengo el placer de presentarles al madero más genial del país.

Los nuevos mandamases de Argel apenas me rozan con la mirada.

Mi venerado padre decía que no hay peor tirano que un burrero convertido en sultán. Pastores ayer, dignatarios hoy, los notables de mi país han amasado unas fortunas colosales, pero jamás conseguirán distinguir entre pueblo y ganado.

El más grande se da la vuelta y refunfuña:

—¿Esto es tu teniente Colombo?

El más achaparrado esboza una mueca despectiva y me pregunta:

—¿Cómo hace usted para conservar esa sonrisa por encima de una corbata tan hortera, comisario?

—Me basta con observarle.

A Su Alteza no le hace gracia. Me da un aviso:

—Ándese con cuidado, está usted hablando con un diputado.

Lo miro de arriba abajo sin pestañear. Si piensa ampararse en su inmunidad de gilipollas parlamentario ante mí, se pasa de optimista.

Mi huésped me lleva a empujones hasta una esquina y me sermonea:

–Tranqui, Llob, mis invitados no se andan con chiquitas.

–Ya me parecían a mí un pelín maricones.

–¡Cretino! Te doy la oportunidad de codearte con gente montada, y tú te portas...

–Tengo una úlcera –interrumpo.

–¿Y qué?

–Mi médico me ha prohibido comer esa clase de pan.

–¿Prefieres el pan negro?

–Desde luego.

–Pues quédatelo para ti.

Tras lo cual se arrima a un alcalde corrupto y me deja ahí tirado.

No me encuentro a gusto. Intento aclimatarme, pero no es nada fácil. Este ambiente mágico envuelto en música comisqueada por las risitas y languideces de putones piripis, los espléndidos cochazos repanchigados en el aparcamiento como si fueran vacas sagradas, el fasto y la inconmensurable fatuidad de los peces gordos, la luna llena sobre un fondo celeste, el frufrú beatificante de esos fortunones; aquí todo me da ganas de vomitar.

Ésta no es la Argelia que yo conozco.

En mi país, los cementerios están llenos a rebosar de lágrimas y de sangre, los valientes rozan los muros para preservarse del mal de ojo... Y aquí, en este Taj Mahal para eunucos revanchistas, todo va como la seda. Ni el menor contratiempo o sentimiento de inseguridad. Los piratas de mi patria se han montado un microcosmos estanco y aséptico, y en espacios de prosperidad como és-

tos hasta las cucañas me imponen más que los monumentos.

Recojo mis complejos de estafado, vuelvo a agarrarme al volante de mi coche, choco queriendo con la aleta de uno de esos cochazos –desgraciadamente es mi Zastava el que paga el pato– y tiro hacia la ciudad alta en busca de una bocanada de aire, sin duda viciado aunque menos contaminado.